

## Maestro del oficio, Doctor Honoris Causa

*Gerardo Caetano*

### 1. Introducción.

Creo que con todos los presentes podemos convenir que esta noche nos convoca la celebración de una fiesta cargada de significados. Creo en verdad que debemos comenzar por allí: por destacar el sentido de fiesta de este evento que involucra a la cultura, a la Universidad de la República, al Instituto de Profesores Artigas, a la educación pública en su conjunto. Pero permítanme decirles que creo que también esta noche configura una auténtica fiesta para la república toda, desde la posibilidad de homenajear a alguien que como José Pedro Barrán reviste la condición de ciudadano ejemplar, además de todos sus innegables atributos intelectuales.

Pero se trata de una fiesta que no podemos sino comenzarla con un fuerte agradecimiento a Barrán. En primer lugar, se trata del agradecimiento que le rindo —sepan perdonar aquí la primera persona— como discípulo y como amigo-hermano, ambas condiciones entrañables, cuyos ecos y complicidades nos reservamos para los escenarios más privados, como corresponde. Pero también se impone de parte de todos nosotros el agradecimiento por su trabajo ineludible, por la tenacidad de su esfuerzo, por configurar ese modelo de vida para un investigador, que no cedió a la tentación de radicarse cómodamente en la burocrática y penosa administración de hegemonías u ortodoxias vacuas, que no tomó el atajo perezoso de vivir de las rentas de lo ya hecho (que era muchísimo). Bien lejos de esas actitudes, supo ostentar en cambio el coraje de siempre tener un desafío nuevo, una investigación fascinante a emprender hacia adelante, vivida como aventura intelectual pero también —irremediablemente— personal.

### 2. Su trayectoria

Repasar siquiera los titulares que reseñan su extensa y rica trayectoria como historiador, en lo que se refiere a su muy extensa labor de investigación (rubricada en un número impresionante de libros y

publicaciones, de su autoría personal o en conjunto con su compañero inseparable de tantos años, el Prof. Benjamín Nahum), a su trayectoria docente, su actividad académica de diversa índole, los también múltiples premios y distinciones recibidos, tanto a nivel nacional como internacional, resulta sin duda un objetivo que desborda por completo los límites de este discurso. Aquí tengo frente a mí una versión resumida de su currículo y simplemente comentarla daría para un seminario. No optaremos, entonces, por ese camino de suyo imposible, pues además deberíamos recorrer también su condición de becario de varias de las más prestigiosas fundaciones internacionales, su rol decisivo como Director del Departamento de Historia del Uruguay durante veinte años (desde la recuperación democrática y el fin de la ominosa intervención de la Universidad de la República en 1985 hasta su retiro en el año 2005), su tarea en la dirección de varios proyectos de investigación colectivos financiados por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad, su actividad académica en el exterior, su membresía en organizaciones como la Academia Nacional de Letras, la Comisión Honoraria del Fondo Nacional de Investigadores o la Sociedad Uruguaya para el Progreso de la Ciencia, entre otras. En lugar del seguimiento imposible de esa trayectoria, destacaremos algunos hitos o momentos especialmente relevantes de su vida intelectual.

Nacido en la ciudad de Fray Bentos el 26 de febrero de 1934, José Pedro Barrán ingresó en 1953 en el entonces muy joven Instituto de Profesores Artigas (IPA). Allí pudo confirmar definitivamente su vocación por la Historia en el contacto con profesores de la talla de Rogelio Brito, Guido Brunetto, Perla y Leopoldo Artucio y, de un modo especial, en su relación con Juan E. Pivel Devoto, a quien siempre reconoció y valoró como su maestro. Con este último precisamente empezó sus primeras experiencias de investigación, participando en la preparación de varios tomos pertenecientes a la colección de "Clásicos Uruguayos" a partir de 1962 o como integrante de una misión de investigación realizada en el Archivo General de Argentina (Buenos Aires), con el objetivo de seleccionar, copiar y microfilmear documentos del período colonial para la historia económica y social del territorio de la entonces Banda Oriental, misión emprendida por encargo oficial durante el año 1963.

Ya en los años 60, desde sus clases en Secundaria, desde sus recordadas colaboraciones en temas de su disciplina en el semanario *Marcha*, comenzó a perfilarse junto con Benjamín Nahum en la dupla que sin duda lideró una profunda renovación en la historiografía nacional cuyos legados aún llegan a nosotros. Fue aquella escuela informal de una historiografía de

renovación a la que se llamó la “Nueva Historia”, uno de cuyos emblemas más señalados estuvo dado por las actividades del grupo “Historia y Presente”, que junto a Barrán y Nahum integraron, entre otros, Lucía Sala de Tourón, Julio Rodríguez, Nelson De La Torre, Juan A. Oddone, Blanca Paris de Oddone, Roque Faraone, Luis Carlos Benvenuto, Julio Millot. De aquella época, más concretamente en su primera edición ocurrida en enero de 1964, data el primer libro de la dupla Barrán y Nahum, *Bases económicas de la Revolución Artiguista*, una las primeras iniciativas de la recién creada Ediciones de la Banda Oriental. La aventura ejemplar de esta editorial señera tendría precisamente a Barrán como uno de sus símbolos más significativos y consecuentes.

Entre este primer libro *Bases económicas de la revolución artiguista* (en coautoría con Nahum), pionero de una mirada renovada sobre el período artiguista, y su “penúltimo” libro, *Los conservadores uruguayos (1870-1931)*, editado en el 2004, se despliega una trayectoria intelectual signada antes que nada por una denodada vocación por la innovación en la investigación dentro de su oficio. Desde una cultura universal (melómano, cinéfilo, amante de la buena literatura, siempre al día en su disciplina pero con una avidez señalada por lo que ocurre en otros saberes fronterizos), Barrán ha desarrollado a lo largo de más de cuatro décadas de trabajo incesante una obra tan vasta como fundacional.

Este último rasgo singular de su obra, tanto en aquellos trabajos en coautoría con Nahum o en aquellos que realizó en forma solitaria, se confirma de manera muy particular con las dos grandes colecciones, tituladas *Historia Rural del Uruguay Moderno* (en 7 tomos, publicados en el período 1967-1978) y *Battle, Los estancieros y el Imperio Británico* (en 8 tomos, publicados en el período 1979-1987). Ambas colecciones, que suman 15 tomos y miles de páginas producto de una investigación de más de dos décadas, constituyen por su calidad y por su originalidad (tanto temática como teórica y metodológica) los dos grandes mojones de toda una reinterpretación de la historia del Uruguay y aun del país mismo.

A través de ellas, supo edificar junto con Nahum (en obras que historiadores como Tulio Halperin Donghi no han dudado en calificar como “monumentales”) toda una matriz historiográfica moderna y renovadora: ambas colecciones proponen, en efecto, “historias que anidan otras historias”, desde la continuidad o la discusión, en la adhesión o la discrepancia. Siempre más citadas que leídas, más leídas que compren-

didadas, ambas colecciones constituyeron además un referente ineludible para la enseñanza de la Historia en el sistema educativo. Ambas obras configuraron además un aporte provocador, abierto a la polémica y a la crítica, incitador de lecturas efectivamente exigentes que sin duda son las que —en la adhesión o en la discrepancia— le hacen más honor a este formidable esfuerzo de investigación histórica, con pocos ejemplos comparables en la historiografía latinoamericana.

La mayoría de los tomos de ambas colecciones fueron hechos además en tiempos de la dictadura, régimen ominoso que destituyó a Barrán y a Nahum de sus puestos en la enseñanza pública y que les prohibió enseñar en la educación privada, procurando herir su profunda vocación y sensibilidad docentes, así como bloquear su influencia sobre la cultura y la sociedad uruguayas. De modo paradójico, con estas arbitrarias destituciones y prohibiciones, los militares y su camarilla de civiles cómplices, especialmente numerosa y obsecuente en el seno de la enseñanza pública de entonces, cosecharon un gran fracaso. Desde la continuidad sistemática en el trabajo y desde búsquedas personales que sin duda se hacían cargo de las exigencias y preguntas de aquellos tiempos difíciles, con rigor y consistencia pudieron desde el oficio aportar de la mejor manera a una sociedad uruguaya que en tiempos oscuros buscaba reconquistar libertades y que para ello también requería de anclajes renovadores con las raíces de su pasado colectivo. Asimismo, tanto Barrán como Nahum prolongaron con coraje (eran tiempos de persecución y control militar y policial, tiempos de terrorismo de Estado) su magisterio docente, impartiendo clases privadas en sus casas a generaciones de jóvenes profesores que de esa manera podían escapar de la mediocridad docente (con honrosas y escasas excepciones) imperante en la Universidad y en el IPA intervenidos.

En muchos de los tomos de ambas colecciones comienza a prefigurarse además el nuevo empuje transformador que Barrán, ahora en solitario, desarrollaría desde fines de los ochenta a partir del hito (no solo del oficio sino también desde sintonías con la cultura y la sociedad uruguaya más en general) de la *Historia de la sensibilidad* (publicadas en dos tomos, ya en democracia, en los años 1989 y 1990 respectivamente). En una clara prueba de que la suya era una trayectoria intelectual acumulativa, sólida, clásica y moderna al mismo tiempo, siempre contemporánea, con apertura teórica, entretenida y abierta al público lector, resulta indudable, por ejemplo, la conexión existente entre las búsquedas historiográficas que se explicitan con mucha claridad, por ejemplo, en *El Uruguay del*

900 (primer tomo de la colección *Baile, los estancieros y el Imperio Británico*, en un proyectado “prólogo” que derivó en un libro apasionante de 278 páginas).

A partir del encuentro entre un itinerario personal y la peripecia de una sociedad uruguaya fragmentada en búsqueda de sus raíces y de su identidad, los dos tomos de la *Historia de la sensibilidad*, además de constituir un éxito editorial inédito (como ha sido dicho por historiadores extranjeros, un encuentro entre una producción de la Historia académica y un público nacional que en términos proporcionales a la población destinataria resulta prácticamente incomparable en las últimas décadas en las principales historiografías de Occidente), configuró una inflexión auténtica en la trayectoria intelectual de Barrán, con honda influencia en la historiografía uruguaya en su conjunto. Los nuevos temas, las nuevas fuentes, la suscitación de la memoria, la agudeza por escuchar la voz de los silenciados, por hacer visibles a los invisibles, proponían con rigor y desde una escritura entretenida nuevos territorios a explorar junto con novedosas tramas explicativas. Con el apego de siempre a la pasión por el documento, pero también desde preguntas cargadas de aperturas y exploraciones propias de los desarrollos de la academia y de la sociedad contemporáneas, esta nueva colección de la *Historia de la sensibilidad* constituyó un auténtico fenómeno social, que trascendió el oficio para volverse en sí mismo un “acontecimiento cultural” revelador de lo que por entonces le “estaba pasando al país”.

El espectro especialmente amplio de lecturas que concitaron ambos tomos (particularmente el primero, *La cultura bárbara. (1800-1860)*) así como la suscitación natural de lecturas múltiples, proporcionaron al país un “espejo” inesperado, contemporáneo, tan exigente como sanamente provocador. Más allá de las sanas polémicas en torno a la forma de ver el cambio entre “lo bárbaro” y “el disciplinamiento” (entre la “secuencia” y la “coexistencia”), la nueva combinación de documentos y preguntas que Barrán venía a plantear en medio de la encrucijada histórica de fines de los 80 y comienzos de los 90, venía a desafiar a la sociedad uruguaya desde una reflexión radical que volvía a tener como centro, pero desde formas nuevas, sus viejos temas y obsesiones en torno a los laberintos del poder y la libertad. Una vez más, se trataba de esa forma de acumulación propia de las metáforas “vino nuevo en odre viejo” o de “la tradición innovada”, que Barrán y Nahum habían planteado como definidoras de la experiencia del llamado “primer batllismo” y que ahora servían para explicar la clave acumulativa de una inflexión innovadora en la trayectoria

intelectual de Barrán.

A partir de este momento, Barrán comenzó a sistematizar nuevas y viejas búsquedas que, inspiradas siempre en un espíritu de renovación permanente, incluso respecto a sus propias hipótesis e interpretaciones manejadas en libros anteriores, generaron una respuesta formidable en la sociedad uruguaya, que excedió largamente los límites del mercado editorial más volcado a la disciplina. Barrán no dejó de sorprendernos ni de sorprenderse: como si recién empezara, reinició investigaciones obsesivamente rigurosas y abiertas, con la búsqueda apasionada, como él mismo señalara, orientada a “*aguzar el oído para escuchar qué dicen los silencios y los silenciados*” y a encontrar desde el rigor del oficio las mejores formas “*para que al historiador no se le escape lo que sucede a escondidas*”.

En una sintonía similar pero siempre abierta a novedades, Barrán comenzó a desbrozar en años posteriores territorios nuevos y no transitados, a través de colecciones como *Medicina y sociedad en el Uruguay del 900* (publicada en tres tomos editados en 1992, 1993, 1995 respectivamente), obra a la que sucedieron libros como *La espiritualización de la riqueza. Catolicismo y economía en Uruguay. (1730-1900)*, publicado en 1998 y *Amor y transgresión en Montevideo (1919-1931)*, editado en el 2001 .

En todas esas obras Barrán profundizó y enriqueció la inflexión en su historiografía antes referida, con confirmaciones y novedades en lo que tiene que ver con los temas abordados, la “revisita” de períodos que ya había investigado desde otras ópticas e interrogantes, así como respecto a las teorías y a las fuentes manejadas. En su abordaje sobre los tópicos de la medicalización y del disciplinamiento cultural, Barrán comenzó a hurgar con especial agudeza en un “observatorio” especialmente rico para “*peinar a contrapelo*”, como diría Benjamin, la historia y la sociedad uruguayas. Esa búsqueda volvía a sintonizar con problemáticas radicalmente contemporáneas en el país, como las del malestar respecto al sistema vigente de salud, la problematización de las siempre difíciles relaciones médico-paciente la pérdida de vínculos entre ambos, los desencuentros de saberes médicos de orígenes diversos, los límites y los alcances de la razón en el ordenamiento de las relaciones sociales, el poder de la corporación médica y sus traducciones, las profundas diferencias sociales a la hora de medir atención médica y pautas de relacionamiento, la propia relación personal con el “cuerpo” en términos de auténtica “invención” (como señala en título del tercer y último tomo de la colección, que

bien puede ser concebido también como el tercer tomo de la culminada *Historia de la sensibilidad*), entre otros.

Desde esta profunda y desafiante exploración sobre el problema de la fuerte “medicalización” de la sociedad uruguaya, Barrán renovó luego sus investigaciones sobre el proceso de la secularización uruguaya (que ya reconocía abundantes antecedentes en su obra anterior), así como la continuación de indagatorias desde perspectivas completamente renovadas en torno al análisis de la vida privada en los años 20, a partir de la exploración fascinantes de dos archivos privados de personas que tuvieron vivencias concebidas como transgresiones a ocultar en aquella época. Comenzaba así un nuevo momento de la trayectoria historiográfica de Barrán, en que, más que la investigación sobre la vida privada (que tuvo el honor y el gusto de compartir con él y con Teresa Porzecanski desde la dirección de la colección de las *Historias de la vida privada en el Uruguay* (en tres tomos colectivos publicados los dos primeros en 1996 y el último en 1998), comenzó a predominar una búsqueda más radical aún sobre las esferas de la intimidad, de lo secreto, de lo escondido.

*“Pero hay varias formas posibles del secreto –señala el propio Barrán desde las páginas de su libro sobre Amor y transgresión en Montevideo (1919-1931)-, el que todo hombre se lleva a la tumba en estas sociedades, incluso sin saberlo, el que se oculta a la familia, al barrio o a la sociedad, y el que cubre la esfera que es legítimo y “decente” sustraer a los demás porque la sociedad así lo estimula. La historia de lo íntimo, de las interioridades del individuo, debería tratar de percibir todos esos secretos, aunque como es natural, más sencillo será siempre atisbar el segundo, aquel que en parte se comparte, la máscara primera, la que nos quitamos cuando estamos rodeados de los nuestros y el rostro tiende a desarmarse, y el tercero, el impuesto por la virtud de la discreción”.*

En el relato de las peripecias de las relaciones amorosas entre Alfredo, Lucía y E., Barrán podía descubrir además que aún “a escondidas” o “en soledad”, “no todo está permitido”, como había sentenciado Louis Ferdinand Céline, que los diques del poder también nos habitan. *“Pero corrijamos a Céline –nos dice en el mismo texto antes citado- cuando afirma que “todo” se puede hacer si falta el control de la sociedad y su vigilancia, ya que la religión, el psicoanálisis y la historia nos han enseñado (la religión desde niños) que, vinculada a la censura del afuera y a menudo con más fuerza, existe la censura del propio sujeto quien, aún “a escondidas”, no lo hace “todo” pues no cree que “todo” le esté*

*permitido ya que su conciencia moral, sus miedos, sus vivencias de la culpa, o el super-yo, como quiera llamársele, también lo cercan, lo vigilan y limitan o anulan su voluntad de hacer ese "todo".*

Finalmente, en el 2004 se publica su último libro hasta el momento, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, en el que, volviendo sobre sus anteriores reflexiones sobre el origen del conservadorismo uruguayo, explora lo que califica como su "matriz originaria" –a su juicio el catolicismo vernáculo– al tiempo de identificar algunas de sus claves configuradoras de "larga duración": "*la crítica a la razón fundadora, ese optimismo antropológico*"; "*el elogio de la obediencia al poder*"; y "*la crítica al hedonismo, el ocio como la "almohada del diablo"*".

### **3. Un maestro del oficio y su reflexión sobre el poder y la libertad**

Investigador incansable y riguroso más allá de cualquier zozobra, desde una trayectoria intelectual acumulativa, clásica y moderna a la vez (reuniendo una rara síntesis de las mejores versiones de la historiografía más tradicional y de la más renovadora), Barrán no ha escapado nunca ni escapa a la polémica sobre sus obras: a veces le gusta incitarla. Además, desde su vocación docente que siempre privilegió como actitud e identidad personales, ha logrado –como vimos– que sus libros pudieran ser entretenidos y orientarse al gran público sin abaratar su calidad académica.

Como los grandes maestros universales del oficio de los historiadores, Barrán siempre ha reivindicado la centralidad de la referencia del documento, pero no desde una lógica positivista que ignora la opacidad intrínseca de toda fuente y que desdeña la teoría de la que surgen las preguntas sin las que el documento permanece casi "mudo". Desde una manera ciertamente "riesgosa" pero también ejemplar para teorizar en la disciplina de la "Historia", Barrán reivindica la teoría construida desde el hecho y sus documentos, multiplicando desde allí las preguntas con una gran libertad para pensar, más allá de su adscripción a modelos o escuelas.

De esa manera, por ejemplo, se revela en su quehacer historiográfico la filiación inocultable de la escuela francesa de *Los Anales*, pero administrada en forma libre y a veces heterodoxa. Así por ejemplo, en sus escritos se pueden percibir las huellas de Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernando Braudel y de tantos otros reconocidos historiadores franceses.

Desde su pasión, por ejemplo, que se parece en cierto modo a la de Barrán, Febvre no perdía de vista, sin embargo, la advertencia sobre los peligros del historicismo (*"recuerdo de soluciones que fueron propias del pasado y que, en consecuencia, no podrán ser en ningún caso las del presente"*), ante el cual reiteraba un *"antídoto"* poderoso: poner énfasis en la elaboración de teoría científica rigurosa (*"cuando no se sabe lo que se busca, tampoco se sabe lo que se encuentra"*); *"¿Así es que en la base de la historia debe haber "teorías"?* La palabra no tiene nada que pueda hacerme retroceder. (...) *¿Por qué iba a ser imbecilidad y locura para el historiador lo que es válido, sabiduría y razón para el biólogo? (...) Hay que desterrar de una vez y para siempre el ingenuo realismo de un Ranke imaginándose que podría conocer los hechos en sí mismos "como han ocurrido"").*

De allí que en varias oportunidades Barrán no haya vacilado en reivindicar a la imaginación (*"la loca de la casa"* como se la calificaba en los catecismos del 900) como una de las principales virtudes de todo historiador. *"Para conocer –coincide al respecto la ensayista argentina Beatriz Sarlo, en un párrafo que estoy seguro de que José Pedro suscribiría- la imaginación necesita ese recorrido que la lleva fuera de sí misma y la vuelve reflexiva; en su viaje, aprende que la historia nunca podrá contarse del todo y nunca tendrá un cierre, porque todas las posiciones no pueden ser recorridas y tampoco su acumulación resulta en una totalidad. El principio de un diálogo sobre la historia descansa en el reconocimiento de su carácter incompleto (que, por supuesto, no es una falta en la representación de los detalles ni de los "casos", sino una admisión de la cualidad múltiple de los procesos"*. Tal vez deba recordarse que esto mismo que vale para definir a la historia y en general a los diversos relatos acerca del pasado, casi con las mismas palabras, podría decirse a propósito de la *"utopía"* democrática republicana y de su carácter inacabado e inacabable.

Esta última aseveración viene muy a cuenta, pues en extensa trayectoria intelectual surge de inmediato el registro de la centralidad que han tenido sus estudios sobre el poder, acompañados casi naturalmente por una actitud visceral de desconfianza hacia el mismo, cualquiera este sea o por quien quiera que sea ejercido. Esta preocupación nada casual y plenamente consciente atraviesa la obra de Barrán como una clave decisiva y ello deriva tanto de su manera de concebir la disciplina, como de sus ineludibles convicciones cívicas de neto signo democrático. Es así como en sus obras siempre aparece la mirada rigurosa sobre el poder,

sea del Estado, de los estancieros, del Imperio Británico, de los que de un modo u otro intentan determinar o disciplinar la vida privada, de los médicos, de la Iglesia, de todos los dominadores, visibles o invisibles. Por otra parte, es esa misma preocupación intensa la que lo lleva naturalmente a bucear en la búsqueda de los transgresores, de los rebeldes, de quienes no se arredran frente al poderoso, de los débiles, como surge en forma por demás reiterada en el diseño mismo de sus obras.

*“Los investigadores en ciencias sociales –ha señalado al respecto el propio Barrán en un texto reciente- tendemos a menudo a suponer que los poderes sociales poseen una facultad disciplinante todopoderosa, y –en el caso de los historiadores- que los individuos concretos que protagonizaron la historia real han sido poco más que juguetes de las estructuras económicas, sociales, políticas y mentales. Pero las formas que inventan los individuos para burlar, sobrevivir y convivir con los poderes e ir minándolos son infinitas, lo que no significa, por cierto, que los poderes carezcan de poder. (...) El individuo siempre tiene algún campo, más o menos restringido de acuerdo con su personalidad y el tipo de sociedad que integra o para utilizar estrategias e inventar estratagemas y ser; a veces incluso con cierta plenitud, él mismo o, por lo menos, si lo deseamos acotar, lo que cree desear.”*

Este mismo recelo al poder y a la autoridad lo ha sabido cultivar en sus propias acciones, por ejemplo en su capacidad para gobernar el Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación sin nunca “mandar”, de lo que puedo dar testimonio. Asimismo, en ese mismo espíritu abreva su profunda vocación autocrítica, su no eludir el debate, su acercamiento ávido hacia quienes piensan distinto, su proclamada distancia respecto a muchas de las hipótesis e interpretaciones que defendió en años y en obras anteriores, en una actitud que a veces ha generado incluso perplejidad en muchos docentes que tienen en sus libros referentes indiscutibles. Como todo intelectual cabal, Barrán gusta ser el mayor crítico de su obra, no cultiva el falso ídolo de la “autoridad inalterable” de lo aprobado y defendido por la comunidad de sus lectores y de alumnos. En tal sentido, hasta con un cierto sentido lúdico admirable, a José Pedro le gusta sorprender y hasta blasfemar y bromear contra todo sentido de autoridad llevado al terreno de lo sacralizado, empezando por sus propias opiniones.

En su práctica intelectual pero sobre todo en su vida ha actuado de una manera muy cercana a la forma de pensar que recomendaba Hanna Arendt en el siguiente fragmento de su compilación *“Entre el pasado*

*y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*: "... los griegos descubrieron que nuestro mundo común se ve siempre desde un número infinito de posiciones diferentes, a las que corresponden los más diversos puntos de vista. En un flujo de argumentos totalmente inagotable, como los que presentaban los sofistas a los atenienses, el ciudadano griego aprendió a intercambiar sus propios puntos de vista, su propia "opinión" —la forma en que el mundo se le aparecía y mostraba— con las de sus conciudadanos. Los griegos aprendieron a comprender, no a comprenderse como individuos sino a mirar al mismo mundo desde la posición del otro, a ver lo mismo bajo aspectos muy distintos y, a menudo, opuestos. Los discursos en que Tucídides articula las posiciones y los intereses de los partidos enfrentados aún son un testimonio vivo del grado extraordinario de esta objetividad."

En esta misma dirección, como prueba de su idea del compromiso cívico y republicano, resulta emblemática su aceptación a participar en la dirección del sistema educativo a partir del año 2005, como vicepresidente del CODICEN. Quienes somos sus amigos sabemos bien del gran sacrificio personal, físico, que implicó su decisión, la que tomó como una obligación cívica que le debía a la enseñanza pública y frente a la que, más allá de sus preferencias y circunstancias personales, no podía rechazar. Desde ese sentido de compromiso público fue como afrontó esta nueva instancia de actuación en la dirección de la educación, en el marco de una experiencia que nunca había hecho y en circunstancias personales especialísimas. En el desempeño de esta función siguió siendo el mismo de siempre, aportando, pensando y opinando con total libertad, inspirado en el objetivo de forjar una educación más libre y de mayor calidad. En este marco, deben destacarse con especial énfasis sus esfuerzos firmes por defender la laicidad más que nunca y, al mismo tiempo, de forma por demás coherente, reivindicar la necesidad de la enseñanza de la historia reciente con el mayor de los pluralismos, en correspondencia plena con los valores republicanos que cimientan siempre una democracia que merezca el nombre de tal.

En un sentido similar, también debe destacarse la significación de su compromiso con la investigación colectiva sobre el esclarecimiento del destino de los detenidos-desaparecidos y de los niños secuestrados durante el período de la dictadura y del terrorismo de Estado, investigación coordinada por el Prof. Álvaro Rico y que en forma conjunta supervisamos académicamente. En esa tarea compartida, vimos una vez más en Barrán esa vocación irrenunciable por la defensa de la verdad y de la

libertad frente a todo poder, viniera de donde viniera. De allí lo absurdo de ese intento de agravio que en forma reciente quisieron perpetrarle de la manera más injusta desde una publicación y que sólo recibió como la respuesta más contundente la absoluta indiferencia de una sociedad que bien conoce los valores personales y la ética de José Pedro Barrán.

Más de una vez, para sustentar la necesidad de una política de olvido como supuesta clave de “reconciliación nacional”, se ha dicho que había que dejar estos temas traumáticos de los delitos de lesa humanidad cometidos bajo el terrorismo de Estado “*para los historiadores*”. Pues bien, ¿qué es lo que suponen los que así piensan que tendríamos que hacer frente a la evidencia inapelable de las monstruosidades cometidas bajo la dictadura? ¿Qué actitud debiéramos tomar ante el registro conmovedor de documentación oficial de los archivos represivos en los que se da cuenta acabada de prácticas ominosas del más cruel de los terrorismos de Estado? ¿Cómo actuar desde las reglas del oficio y sin abdicar de nuestra condición de ciudadanos y de simples seres humanos frente a la investigación documental de tamañas atrocidades? Dejemos que responda una vez más otro maestro del oficio, el inolvidable Lucien Febvre: “*Un instinto nos advierte que no nos dejemos hipnotizar, hechizar, absorber por (el) pasado. (...) ¿Qué hacen (...) las sociedades humanas para detener este peligro? Unas, (...) las menos exigentes mentalmente, han dejado caer todo en la sima del olvido; dejémoslas con su miseria. (...) La historia (...) es un medio de organizar el pasado para impedirle que pese demasiado sobre los hombros de los hombres. (...) Es en función de la vida como la historia interroga a la muerte*”. Ciertamente, es en función de la vida como los historiadores interrogan a la muerte, y así lo hicimos en forma conjunta con Álvaro Rico y José Pedro Barrán. ¿Es que puede haber una razón más importante?

Todavía es mucho lo que falta por investigar, todavía son muchos los testimonios que faltan registrar y puede sospecharse que, pese a la previsible destrucción, que siempre habrá que probar debidamente y no a través de versiones orales, todavía es mucha la documentación que resta por descubrir e interpelar. Todos los ciudadanos y todas las preguntas y perspectivas deben ser convocadas a esa tarea, bien propia de “*un momento de verdad*”, de acuerdo con las ideas de Hanna Arendt. Algunas pistas en esta dirección han podido atisbarse desde lo que se ha podido saber en estos últimos años y con seguridad nos encontraremos con más de una sorpresa sobre este particular en el futuro. No le temamos a ese desafío que es, como hemos reiterado, un reto ciudadano y humanista

antes que nada. Como dice Baczko, las sociedades tienen “*derecho a su pasado*” y ello no solo supone construir memoria y habilitar –en forma responsable– al conocimiento público la información disponible, sino también pasar de la memoria al campo de la Historia, desde las reglas sabias y modestas de un oficio milenario.

Pero no termina de comprenderse acabadamente esta obsesión de Barrán por investigar sobre el poder en cualquiera de sus formas, así como su forma de concebir y cumplir con su rol como ciudadano, sin registrar su profundo compromiso intelectual y humanista por la libertad. En un texto reciente titulado “*Reflexiones sobre lo contemporáneo desde la Historia*”, el propio Barrán se encargaba de decirlo de manera ejemplar: “*Nada debe impedir la realización plena del individuo. Cuidado con las militancias, sean de izquierda o de derecha, políticas o religiosas, cuando pretenden regir el mundo de lo privado. (...) Pero miremos los hechos desde otro ángulo posible, pues el oficio de la historia siempre lleva a una certeza: sólo la diversidad de los enfoques permite aproximarse a lo real, y si ello conduce a la incertidumbre mejor, pues de esa manera atisbaremos las complejas y contradictorias posibilidades de desarrollo que encierra todo presente. Las liberaciones del individuo, su cuerpo y sus placeres –que tampoco son absolutas por cierto– nutren el orden establecido y la civilización hedonística del consumo probablemente en la misma medida, los conmueven y distorsionan. Estas liberaciones, que no son inocentes, también pueden fomentar el cuestionamiento del sistema. Las libertades suelen convertirse en las pesadillas del poder; y éstas equivalen siempre a los sueños del hombre común. Dejo a la inteligencia del lector imaginar cómo de los placeres podría nacer un mundo nuevo*”

#### **4. Doctorado y magisterio**

“Ya era hora”, nos decíamos el otro día con María Simón, a propósito del otorgamiento de este doctorado. Y es cierto. Pero también lo es que le llega a José Pedro en un momento muy oportuno y desde la mejor forma, por *honoris causa*. No hubiera podido imaginar mejor y más justa forma.

Para sus alumnos y colegas, para sus miles de lectores, en especial para sus amigos-hermanos, la enorme legitimidad de su magisterio se asentará siempre mucho más en esa alegría juvenil que como nadie

Barrán sabe transmitir en sus libros, en sus clases y en cualquier conversación, sobre todo en las privadas. Es esa magia la que logra, siempre logra, que estemos esperando y aceptemos con avidez su invitación para "*aventurarnos por el otro lado del espejo*", esa utopía eterna del oficio de los historiadores.